

SENTIDOS Y EMOCIONES EN EL ANÁLISIS DE LA SOCIEDAD. EXPERIENCIA, PRÁCTICAS Y REDES

OLGA SABIDO RAMOS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-AZCAPOTZALCO, MÉXICO
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5658-4792>

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es dar a conocer los alcances teórico-metodológicos del denominado *giro sensorial* en las ciencias sociales, con especial énfasis en la sociología. Para ello expondré en qué consiste este viraje y qué alcances ha tenido en la investigación. Delimitaré mi observación al caso de la sociología de los sentidos y señalaré en qué consiste, contra qué ausencias o problemas de la teoría social reacciona, qué niveles analíticos identifica y qué tipo de objetos se han observado con su aparato conceptual y metodológico. Parto del supuesto de que a pesar de que la sociología del cuerpo (Turner, 1989) y la sociología de las emociones (Bericat, 2016)¹ han transitado por senderos paralelos, sus trayectorias se han separado y no siempre es claro cómo es posible relacionar de forma metodológicamente controlada, la relación entre los sentidos del cuerpo y las emociones. Sin embargo, propongo que es en el campo de los estudios sensoriales (Howes, 2014) donde puede establecerse un puente que vincule convincentemente sentidos y emociones con un significativo potencial analítico. De modo que en este capítulo pondré énfasis en la articulación entre sentidos y emociones desde el campo de la sociología de los sentidos, a partir de tres niveles analíticos y sus respectivos recursos metodológicos, a saber, experiencia, prácticas y redes entre entidades humanas y no humanas.²

¹ Existe una distinción conceptual entre emociones y afectos (*affects*). Tal distinción proviene de distintas tradiciones de pensamiento y líneas de discusión extensas y llenas de matices (Cedillo, García Andrade y Sabido Ramos, 2014). Por economía expositiva podemos decir que la sociología de las emociones anglosajona debate respecto al papel de las emociones en la constitución de la sociedad (Hochschild, 2008; Bericat, 2016). Es decir, en palabras de Collins: “Lo que cohesiona una sociedad —el ‘cemento’ de la solidaridad— y lo que la mueve al conflicto —la energía de los grupos movilizados— son las emociones” (Collins, 2019: 142). Así como la dimensión social que atraviesa a toda emoción (Kemper, 1978). Por otro lado, el giro afectivo (*turn to affect*) (Blackman y Venn, 2010; Pedwell y Whitehead, 2012, Blackman, 2012) hace referencia a cómo las experiencias emocionales no pueden desligarse de experiencias corporales (Ahmed, 2014).

² Habría más probabilidades analíticas. Para la etnografía digital Pink, *et al.*, 2019 proponen experiencias, prácticas, cosas, localidades, mundos sociales, eventos, aunque sin el énfasis que

Para lograr lo anterior, este capítulo se divide en dos grandes apartados y una sección conclusiva. En el primer apartado esbozo el horizonte del campo de los estudios sensoriales con especial énfasis en la sociología. Destaco algunos de los problemas disciplinares implicados en la sociología de los sentidos que la distinguen de otros abordajes. En el segundo apartado, destaco algunas perspectivas sociológicas con enfoque relacional que permiten la articulación analítica entre sentidos y emociones, así como las estrategias metodológicas para su registro. Se destacan tres dimensiones analíticas: experiencia, prácticas y redes. Profundizaré en algunos conceptos y categorías así como en algunas investigaciones significativas con sus respectivas estrategias metodológicas. Finalmente, presentaré una sección que enumera algunos puntos conclusivos que recapitulan la articulación entre sentidos y emociones.

EL CAMPO DE LOS ESTUDIOS SENSORIALES Y LA SOCIOLOGÍA

El giro sensorial retoma del giro lingüístico (*linguistic turn*) la idea de que la conciencia no tiene un acceso directo a la realidad, sino siempre está mediada por el lenguaje. A decir de David Howes, el giro sensorial añade que: “le damos sentido al mundo no sólo a través del lenguaje, no sólo por hablar del mundo, sino a través de todos nuestros sentidos y sus extensiones en formas de diversos medios” (Howes, 2014: 12). Es decir, el giro sensorial plantea que el cuerpo es un recurso de sentido (Sabido Ramos, 2012). Actualmente, diversas disciplinas de las ciencias sociales, humanidades, diseño, ingenierías y ciencias no sociales (biología evolutiva, neurociencias, entre otras) han nutrido el campo de los estudios sensoriales (*sensory studies*) o campo de investigación sensual (*sensous scholarship*) (Howes, 2014: 11; Vannini, Waskul y Gottschalk, 2012: 61). No obstante, como en casi todas los ámbitos del conocimiento, éste ha tenido un notable surgimiento y efervescencia en el Norte Global con predominio anglo y francófono. Aunque recientemente han surgido grupos, perspectivas e intercambios disciplinares que dan cuenta de comunidades y redes epistémicas interesadas en la investigación sensorial desde otras latitudes.³ Ahora bien, ¿qué identifica a todos estos trabajos? Conviene señalar que uno de los supuestos que comparten quienes se adscriben al campo, es la idea de que:

aquí ponderamos, a saber, la articulación entre sentidos y emociones. Una versión preliminar de esta propuesta apareció en Sabido Ramos, 2023.

³ En la página <http://www.sensorystudies.org> puede verse un panorama general no sólo de los libros y trabajos más destacados en el campo sino también de las instituciones, centros de investigación, conferencias, repositorios, galerías, laboratorios, museos, revistas especializadas, equipos de investigación y proyectos internacionales, entre otros, que se inscriben en el campo. Como parte del proceso de institucionalización destaca la creación de la revista *The Senses and Society* en 2006 fundada por Michael Bull, Paul Gilroy, Douglas Kahn y David Howes (Bull *et al.* 2006: 5-7).

Las formas en que empleamos los sentidos, y las formas en que creamos y entendemos el mundo sensorial, están configuradas por la cultura. La percepción está formada no sólo por el sentido personal que una determinada sensación tenga para nosotros, sino también por los valores sociales que conlleva (Howes y Classen, 2014: 1).

Lo anterior ha permitido establecer que por ejemplo, no vemos a secas, sino que existen formas colectivas que orientan cómo, qué y con qué artefactos observamos, es decir, existen modos de ver (*ways of seeing*) (Howes y Classen, 2014). Pero también podríamos identificar modos de oír; modos de tocar; modos de oler; en suma, modos de sentir (*ways of sensing*) (Howes y Classen, 2014: 5) que cambian con el tiempo y que varían según la cultura, e incluso en una misma sociedad podemos encontrar variaciones. También es importante tener en cuenta que, como en otros casos, el campo de los estudios sensoriales presenta particularidades terminológicas según las respectivas fuentes lingüísticas. Términos como sensorial, sensible, sensitivo, presentan especificidades según el idioma, cuyo sentido se pierde al traducirse un término por otro. Así, por ejemplo, el término *sensible* en francés puede ser traducido al inglés como sensitivo o perceptible (Howes, 2014: 13). Por otro lado, en lengua anglosajona los términos *sense*, *sensory*, *sensitive*, *sensory perception*, aparecen como términos intercambiables. Ahora bien, este problema no sólo es terminológico sino también conceptual. Uno de los propósitos de la sociología de los sentidos es trascender la separación entre percepción y sensación, que no es sino una réplica de la dupla mente/cuerpo (Vannini *et al.*, 2012). En estas discusiones se señala que por lo general la sensación se asocia a una capacidad física y la percepción a una capacidad intelectual. Frente a tal distinción, diversos autores señalan que dicha separación es arbitraria, pues la percepción es al mismo tiempo corporal y significativa (Crossley, 1995; Vannini *et al.*, 2012).

En este trabajo optamos por la definición de percepción a través de los sentidos como una categorización que trasciende las duplas mente/cuerpo, percepción/sensación y que define a la percepción como una configuración significativa de sensaciones (Crossley, 1995). Incluso esas sensaciones no transitan únicamente por un canal, por ejemplo, al comer no sólo se activa el gusto, sino también el olfato, el tacto, la termocepción, el oído (Morgado, 2012). De modo que como plantea Rodaway, la percepción es un fenómeno multisensual; involucra la interacción con el cerebro, los órganos de los sentidos, el cuerpo y el contexto geográfico en el que está situado y, también supone conocimiento aprendido (*habituation*) es decir, familiaridad con ciertos estímulos sensoriales y no otros (Rodaway, 1994). Es decir, percibir no implica recibir estímulos sensoriales del exterior de forma pasiva, sino activar categorías aprendidas previamente que nos permiten registrarlos de una manera y no otra. Así, por ejemplo, al llegar a casa y percibir olor a gas, tratamos de dar sentido a dicha situación y activamos no sólo nuestra nariz sino nuestra memoria e incluso podemos tratar de realizar junto con otros una “definición somática de la situación” (Vannini *et al.*, 2012: 4). Percibir

implica filtrar cierta información sensorial, pero al mismo tiempo también supone asociarla a una visión mental e incluso a la memoria (Rodaway, 1994; Vannini *et al.*, 2012: 4).

Ahora bien, la relación entre sentidos y percepción no es nueva. Una influencia filosófica fundamental en el campo de los estudios sensoriales ha sido la fenomenología del filósofo francés Maurice Merleau-Ponty quien en *La fenomenología de la percepción* [1945] sentó las bases para comprender que la experiencia es corporal pero sobre todo sensorial y que la cultura está en el mismo acto de percibir a través de los sentidos. No obstante, la recepción de la fenomenología no ha sido acrítica, pues también se ha cuestionado cómo dicho horizonte analítico carece de la incorporación de lo político. En ese sentido, se destaca que existen políticas de la percepción (Classen, 1997; Howes, 2014; Howes y Classen, 2014: 5). Éstas son mecanismos sociales que orientan a percibir ciertas cosas y no otras y que están atravesadas por relaciones de poder: “El control social de la perceptibilidad –a quién se ve, a quién se escucha, a quién se reconoce en el dolor– juega un papel esencial en el establecimiento de posiciones de poder dentro de la sociedad” (Howes y Classen, 2014: 65-66).

Las políticas de la percepción contribuyen a la viabilidad y reconocimiento de ciertos cuerpos y no otros, es decir: “determinan no sólo a *quien* se percibe, sino *cómo* es percibido” (Howes y Classen, 2014: 66). Así, por ejemplo, se ha analizado cómo la blanquitud constituye un referente perceptivo que valora ciertas tonalidades de piel y no otras con efectos sociales, jurídicos e incluso materiales, pues como señala Sara Ahmed: “Una percepción puede detenerte. Una percepción puede matarte” (Ahmed, 2018: 199). Por otra parte, hablar de políticas de la percepción supone tener conciencia de que cada orden de los sentidos es al mismo tiempo un orden social (Classen, 1997; Howes, 2014; Howes y Classen, 2014: 5) donde existen jerarquías y diferenciales de poder entre personas y grupos, que hacen posible la pugna por la imposición de una definición perceptiva. En ese sentido, los grupos se valen de mecanismos sociales (jurídicos, estéticos, científicos, religiosos, tecnológicos) para implementar ciertas formas de percibir y no otras.⁴

Otro cuestionamiento a la fenomenología desde el campo de los estudios sensoriales es que no todos los referentes fenomenológicos se aplican a todas las personas ni a todas las culturas (Howes y Classen, 2014: 10). Así, por ejemplo, el caso del ciego que incorpora el bastón a su esquema corporal para caminar (Crossley, 2001: 103), es un referente adscrito a un contexto y una época. Esta crítica coincide con el cuestionamiento que Norbert Elias le hace a Max Weber quien pone el ejemplo de una persona que abre un paraguas y

⁴ Por ejemplo, las formas modernas del Estado nación han encontrado políticas de la percepción para imponer una definición de lo colectivo a través de artefactos y colores (banderas), sabores (gastronomía), sonidos (himnos), así como toda una gama de rituales sensoriales asociados a las fiestas patrias (Howes y Classen, 2014: 72-73). También es cierto que esto supone resistencias, tal y como puede advertirse en las gastronomías regionales (Ayora, 2017) que no se ajustan a la idea de una gastronomía nacional.

se pregunta si existe acción social en esa conducta. Para Elias, “Max Weber no se detiene obviamente a pensar que sólo en determinadas sociedades hay paraguas, que estos no se producen ni se usan en todas las sociedades” (Elias, 1999: 145). Tal crítica resulta también relevante para pensar la relación entre los artefactos como extensiones protésicas de la percepción, pues así como la persona con ceguera incorpora a su esquema perceptual el bastón para caminar, quien abre un paraguas cuando está lloviendo, modifica su experiencia termoperceptiva en un contexto histórico determinado. Ambas personas extienden su percepción gracias a estos artefactos, los cuales tienen historicidad y usos según el contexto.

En el terreno de las ciencias sociales los abordajes de la antropología y la historia han sido quienes han encabezado el giro sensorial (Howes y Classen, 2014: 10). En comparación, la sociología de los sentidos está apenas en una “fase de infancia” (Vannini *et al.*, 2012: 13). Ahora bien ¿en qué consiste la especificidad del abordaje sociológico en el campo de los estudios sensoriales? Pareciera obvio que el análisis de los sentidos del cuerpo está automáticamente relacionado con el giro corporal en las ciencias sociales y las humanidades de la década de 1980 y particularmente con la sociología del cuerpo (Turner, 1989). No obstante, no fue este escenario el que posibilitó la institucionalización de la sociología de los sentidos (Low, 2009: 40). De hecho, para Vannini, Dennis Waskul y Simon Gottschalk (2012: 12) ésta surge como una reacción frente a cierta perspectiva de la sociología del cuerpo que ponía énfasis en la representación del cuerpo antes que en la experiencia. Fue más bien el *embodied turn* (Crossley, 1995: 43; Csordas, 2011; Vannini *et al.*, 2012: 12; Low, 2009: 40; Howes, 2014: 12), esto es, el análisis de la experiencia corporal o “experiencia carnal” (Crossley, 1995: 43) y su dimensión sensible, la que permitió dar un viraje a los sentidos del cuerpo hasta la década de 1990.⁵

En ese sentido, el punto de partida de la sociología de los sentidos no es cómo se representa el cuerpo sino qué siente el cuerpo. La sociología de los sentidos se ha valido de diversas perspectivas analíticas clásicas y contemporáneas para dar cuenta de al menos cuatro problemas claramente disciplinares que enumero a continuación y que desarrollo en lo que sigue. 1) El problema de la percepción sensorial como parte constitutiva del problema de la construcción social de la realidad. 2) El problema del tipo de actor de referencia, a saber, trasladar la atención de una noción de actor racional abstracto hacia la idea de cuerpos generizados y socializados que aprenden a usar los sentidos con otros. 3) La dimensión reflexiva del actor asociada al problema del sentir. Es decir, que las personas no sólo sienten, sino atribuyen significados a lo que sienten y eso mismo modifica los modos de sentir. 4) La relación recursiva de la percepción con las emociones, en la medida en que estas últimas orientan la

⁵ Para Csordas es posible pensar en dos acepciones del cuerpo, una como entidad material y otra como *embodiment*. Esta última “puede entenderse como un campo metodológico indeterminado definido por experiencias perceptuales y por el modo de presencia y compromiso con el mundo” (Csordas, 2011: 83).

percepción y, por otro lado, aquello que se percibe nos lleva a experimentar diversos estados emocionales (Sabido Ramos, 2023).

Respecto al primer punto, Richard Swedberg ha señalado que a pesar de que se ha insistido mucho en que los sentidos nos ponen en contacto con la realidad material de manera directa, es un hecho que “la sociedad también está involucrada” (Swedberg, 2011: 430). Si nos preguntamos ¿por qué un niño de la Ciudad de México no puede entender el significado del lenguaje silbado de un niño mazateco de Oaxaca, si aparentemente escuchan el mismo sonido? Aquí es donde el problema de la percepción a través de los sentidos se eleva a la discusión de la construcción social de la realidad. En este terreno surgen preguntas como: ¿qué es lo que percibimos de aquello que identificamos como realidad? ¿Cómo ello tiene repercusiones en nuestras formas de actuar, pensar y sentir? La sociología del conocimiento de Peter Berger y Thomas Luckmann, planteó esta cuestión de manera contundente: existe una construcción social de la realidad (Friedman, 2011: 189; Swedberg, 2011: 430). Pero lejos de ser un constructivismo puramente mentalista, para los autores: “La realidad se define socialmente, pero las definiciones se *encarnan*” (Berger y Luckmann, 1995: 149). Es decir, las definiciones sociales de la realidad atraviesan el cuerpo y lo que éste siente. Este horizonte analítico permite plantear que los sentidos no son entidades biológicas pasivas sino que remiten a cuerpos socializados que han aprendido a sentir y usar los sentidos para definir su realidad socialmente. El niño mazateco aprendió de su comunidad que cierta tonalidad de un silbido significa “ya llegué” mientras el niño de la ciudad no posee esos saberes sensoriales ni de sentido, sino otros.

Recientemente, la sociología cognitiva ha puesto sobre la mesa de discusión dicho problema con lo cual enriquece la discusión en el marco de la sociología de los sentidos (Friedman, 2011: 2013). Al respecto se plantea cómo, si bien la mayor parte del tiempo no prestamos atención a todas nuestras sensaciones, existen filtros perceptivos (Friedman, 2011: 2013) que son sociales y que son los que clasifican lo que se ve y no se ve, lo que se escucha o no, lo que se toca o no. Esos filtros son los que permiten destacar qué es lo que se siente (Friedman, 2013: 33), pues dan cuenta de la dinámica entre atención/desatención (Friedman, 2011: 192) propia de la percepción. Es decir, siempre percibimos a través de expectativas (Friedman, 2011: 191), no somos entidades pasivas que sólo reciban estímulos sensoriales sino activamos ciertas posibilidades y no otras. Este argumento nos permite pensar en que la realidad es mucho más compleja de aquello que percibimos y existen otras posibilidades perceptivas alternativas (Friedman, 2011: 198), y otros modos de sentir posibles.

El segundo problema disciplinar que plantea la sociología de los sentidos tiene que ver con el tipo de actor que implica pensar sociológicamente en el ámbito del sentir. Los alcances de un tipo de actor racional y abstracto resultan limitados para este abordaje, de ahí que se recurra a una noción de actor con cuerpo socializado (Bourdieu, 1999; Reckwitz, 2016). Es decir, una noción re-

lacional de actor que permita fundamentar la idea de que aprendemos a sentir con otros, tanto humanos como no humanos. Así, por ejemplo, se hace alusión a las diversas comunidades sensoriales (Vannini *et al.* 2012) a las que pertenecemos, esto es, los grupos de personas que comparten un mismo modo de usar los sentidos y darle significado a lo que sienten (Vannini *et al.* 2012: 7). Howard Becker, autor que inspiró la categoría de comunidades sensoriales a partir de la investigación sobre el consumo de la marihuana (2009), señala que aprender a interpretar los efectos sensoriales del consumo de marihuana implica adquirir conocimiento sensorial a partir de la socialización con el grupo: “A la hora de interpretar su experiencia, los consumidores traen al centro de la escena el conocimiento y las definiciones que derivan de la participación en grupos sociales específicos” (Becker, 2016: 117). Esto en el caso de las drogas, pero también de otras sustancias como los medicamentos, por ejemplo.

El principio analítico que ofrece Becker es que distingue cómo en una comunidad sensorial la regulación entre pares es sumamente relevante, pues se trata de adquirir conocimiento sensorial mediante aprendizaje colectivo y la transmisión entre expertos y novatos. Es decir, las comunidades sensoriales requieren que sus participantes vayan encarnando un tipo específico de conocimiento sensorial relacionado con ciertas prácticas. Dicho aprendizaje también lleva una dosis de afectividad. Así, por ejemplo, los consumidores logran minimizar los efectos desagradables de la marihuana a partir de un proceso de resignificación basado en el tipo de vínculo afectivo que tienen con sus pares: “La probabilidad de que esa redefinición se produzca depende de las relaciones del individuo con otros consumidores. Si esos vínculos son intensos, la persona es rápidamente persuadida de que no hay razones para temer los efectos del consumo de marihuana” (Becker, 2009: 74).

De la mano de las comunidades sensoriales está la categoría de trabajo somático (*somatic work*) (Vannini *et al.*, 2012: 21). La categoría deja ver cómo las personas: “reflexionan e interpretan sus sensaciones en relación con significados colectivos” (Sánchez, 2019: 204). De ahí que el aprendizaje supone reflexividad, lo cual nos lleva al tercer problema analítico, y es que la sociología de los sentidos incorpora el problema de la reflexividad al ámbito sensible. Generalmente no siempre cuestionamos aquello que sentimos, no obstante, es posible pensar en una capacidad reflexiva por parte de los actores, que permite que se lleve a cabo un trabajo somático o elaboración somática (*somatic work*) (Vannini *et al.*, 2012: 15) sobre el sentir. La idea del trabajo somático está inspirada en la propuesta de la socióloga de las emociones Arlie Hochschild, quien con su noción de trabajo o elaboración emocional (*emotional work*) señala cómo las emociones no son sucesos que nos pasan sin más, antes bien, las personas tenemos la capacidad de actuar sobre éstas y reorientarlas según la situación social a la que nos enfrentamos y las reglas del sentimiento que la sociedad tiene para cada situación (Hochschild, 2008: 140). En un sentido similar, el trabajo somático (*somatic work*) alude a cómo las sensaciones se convierten en objetos de reflexión

para nosotros mismos (Vannini *et al.*, 2012: 21) y se orientan por reglas somáticas o expectativas asociadas a ciertas prácticas, por ejemplo, cómo modular el dolor y comprender *con* el cuerpo que estamos haciendo una buena rutina de ejercicio y no un esfuerzo excesivo que nos pueda generar una lesión, o cómo encontrar placer en un estímulo que también podría traducirse como algo doloroso.⁶

Otra consideración que desde mi punto de vista resulta fundamental, tiene que ver con que al problema de la percepción le atañen también las emociones. Howes ha insistido en cómo el entrecruce entre giro sensorial y giro afectivo “no ha recibido la atención que merece, o al menos no hasta ahora” (Howes, 2019: 13). Desde mi punto de vista, es posible articular ambos horizontes a partir de dos ideas rectoras. Percibimos desde ciertos estados afectivos y estos funcionan también como filtros. La actitud *blasé* (Simmel, 1986) por ejemplo, es una suerte de filtro perceptivo-afectivo que nos hace percibir con indiferencia e incluso indolencia o arrogancia la presencia de otro cuerpo anónimo en las grandes ciudades. Es decir, siempre existe una posición afectiva (*affective position*) en el acto de percibir (Crossley, 1995: 51). Así, por ejemplo, una joven universitaria recuerda cómo el miedo a la oscuridad en una calle solitaria, le hace estar más atenta al entorno, tal y como nos compartió en una investigación: “Tenía 19 años y estaba con una amiga; habíamos salido de una fiesta y caminábamos por las calles del Centro en busca de un taxi. Mi cerebro, mi oído y la vista estaban alerta, temblaba al caminar, ante esa situación de miedo e incertidumbre, tenía ganas de llorar” (Sabido Ramos, 2020: 219).

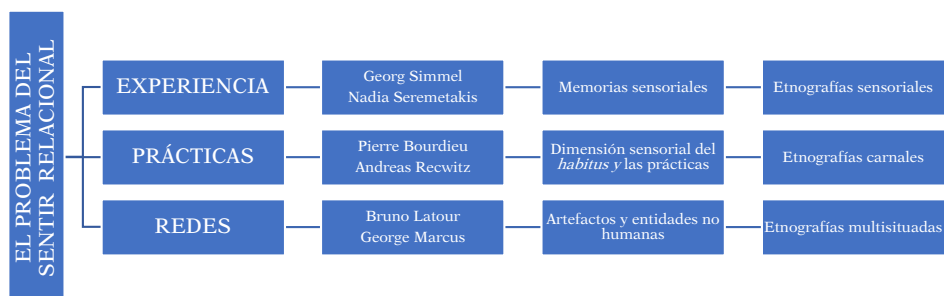
Por otro lado, aquello que percibimos a través de los sentidos, nos lleva a ciertos estados emocionales. Como cuando el personaje de Marcel Proust de la novela *En busca del tiempo perdido* toma un panecillo remojado en un té de tila y toda una experiencia sensorial olfativa, táctil, térmica y gustativa, activan su memoria sensorial y la nostalgia por su niñez. De hecho, en el campo de los estudios sensoriales existe lo que se ha denominado el “incidente de la magdalena” de Proust (Sutton, 2001; Waskul, Vannini y Wilson, 2009; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013) para destacar la relación entre la percepción, sensación, memoria y emoción. En suma, nuestras emociones orientan la percepción y por otro lado, aquello que percibimos nos lleva a experimentar diversos estados emocionales. A partir de estas dos ideas rectoras (Sabido Ramos, 2023), es posible indagar la articulación entre emociones y percepción a través de los sentidos, a la luz de problematizaciones teóricas con sus respectivas estrategias metodológicas, tal y como demuestro en el siguiente apartado.

⁶ Sánchez (2019) ha investigado sobre el trabajo somático y el dolor en ciertas prácticas como el BDSM, ballet y boxeo.

LOS SENTIDOS Y LAS EMOCIONES
EN LOS ENFOQUES RELACIONALES DE LA SOCIOLOGÍA

Recientemente se ha hecho un llamado para cultivar una sociología relacional (Emirbayer, 1997: 288; Dépelteau, 2018), que permita agrupar ciertos horizontes analíticos preocupados por trascender sustancialismos, dicotomías y estados fijos (Emirbayer, 1997). Es justo dicho llamado el que permite desdibujar duplas y desmontar analíticamente los mecanismos que mantenían separados mente/cuerpo, naturaleza/sociedad, pasión/razón, sentidos/percepción. La urgencia de incorporar esta perspectiva para el análisis de los sentidos radica justamente en que, por una parte estos trascienden las dicotomías, ya que: “Los sentidos median la relación entre yo y sociedad, mente y cuerpo, idea y objeto” (Bull *et al.*, 2006: 5). Por otro lado, la relación entre la percepción y las emociones requiere de una articulación no sólo teórica sino también metodológica. Por ello me interesa destacar tres dimensiones analíticas que posibilitan tal ensamblaje: experiencias, prácticas y redes. En la siguiente figura, destaco referentes de la teoría social, categorías y estrategias de la metodología cualitativa a recuperar para este registro. (ver Figura 1).

FIGURA 1. Abordajes teórico-metodológicos



Fuente: Elaboración propia.

Los sentidos y la experiencia

En la sociología, existen diversas definiciones de experiencia. Éstas provienen principalmente de la fenomenología,⁷ la cual señala cómo la experiencia se relaciona con el problema de la conciencia, pues, “la conciencia es la base de toda experiencia” (Moran, 2011: 61). Pero no se trata de una conciencia descarnada, ya que existe un contexto de la experiencia, una especie de entorno que tanto Husserl como Schütz denominan “mundo de la vida” (Moran, 2011:

⁷ Y también del pragmatismo norteamericano, concretamente de autores como William James y John Dewey (Vannini *et al.*, 2012).

62). De ahí que podamos decir que para la fenomenología la conciencia está situada, tal y como lo formula Merleau-Ponty (1957: 104): “Ser una conciencia, o más bien, ser una experiencia, significa comunicar interiormente con el mundo, el cuerpo y los otros, ser con ellos en vez de estar a lado de ellos”. Ahora bien, en el campo de los estudios sensoriales: “los debates sobre la experiencia se refieren a menudo a cómo se encarna y vive a través de los modos sensoriales y afectivos” (Pink, Horst, Postill *et al.*, 2019: 39). El análisis de la experiencia corporal o “experiencia carnal” (Crossley, 1995: 43) ha permitido destacar no la experiencia en sí misma, sino cómo se significa desde un cuerpo situado y en relación con otros, según determinados procesos sociales.

Georg Simmel es uno de los primeros sociólogos que va a realizar un análisis de la experiencia en clave relacional. Para Simmel, la experiencia de la aceleración en la modernidad y la constante sensación de que vivimos en un tiempo acelerado (1986: 247) es sólo una de las manifestaciones de procesos sociales que condicionan determinados estados sensoriales y afectivos. Así, por ejemplo, Simmel (2013) destaca cómo el uso y la difusión de la electricidad que no distingue entre la noche y el día; los nuevos medios de comunicación que estimulan la conciencia con noticias lejanas; y las nuevas formas de movilidad urbana que privilegian la vista, generan un sobreestímulo que requiere un “órgano de defensa” perceptual: la actitud *blasé*.⁸ La actitud *blasé* puede definirse como un tipo de percepción mediante la cual las personas perciben de manera “opaca y grisácea” (1986: 252). Es decir, en las grandes ciudades las personas se miran con indiferencia y desinterés, pues de lo contrario caerían en una suerte de *shock* nervioso ante el constante bombardeo de estímulos sensoriales. No es casual que esta impronta disciplinar haga de las grandes ciudades un referente empírico en la investigación contemporánea de la sociología de los sentidos (Low y Fishman, 2018).

El excursus “Digresión sobre la sociología de los sentidos” ([1908] 2014) junto con otros trabajos de Simmel, permiten trazar un plan programático para el desarrollo de una sociología relacional de la percepción (Sabido Ramos, 2017). Simmel da cuenta de las implicaciones sociales que tiene intercambiar la mirada, oler y atribuir significados al cuerpo de otros, o escuchar la voz o la música de otros.⁹ En la medida en que la sociología de Simmel es una sociología de las formas sociales, es decir de los intercambios de efectos más que de las intencionalidades individuales, el punto de partida no son los individuos sino las relaciones. La misma lógica de razonamiento la encontramos en su sociología de los sentidos, el punto de partida no es lo que las personas sienten como entidades aisladas sino el tipo de vínculos que se generan a partir de ese sentir. Es decir, Simmel no desarrolla una sociología de la vista, sino una sociología del intercambio de miradas, por poner un ejemplo. O bien una so-

⁸ El término que utiliza Simmel es *Blasiertheit* que alude no sólo a la antipatía o la indiferencia, sino también a la arrogancia. Agradezco a Lionel Lewkow la aclaración.

⁹ En sus trabajos sobre la música, Simmel también va a señalar cómo ésta liga tanto corporal, como sensorial y emocionalmente a las personas, los grupos e incluso las naciones (Simmel, 2003).

ciología de la comida (1986), donde lo relevante no es el hambre, sino cómo la comensalidad enlaza o separa personas y grupos.

Por otro lado, Simmel articula el ámbito sensorial con el emocional. En la medida en que parte de un principio constitutivo para explicar el vínculo social, a saber, la condición de afectar y ser afectado (Simmel 2002), para Simmel la copresencia física o proximidad sensible (*sinnliche Nähe*) implica que los cuerpos son capaces de afectar-se con los sentidos y generar emociones (Sabido Ramos, 2020). Las impresiones sensibles producen una amplia gama de estados afectivos que van desde el placer, dolor, humillación o vergüenza, que nos hacen oscilar en una variabilidad de sensaciones “agradables o desagradables” (Simmel, 2014: 622). La impresión sensorial nos permite conocer al otro (2014: 622), pero también, la percepción tiene una carga emocional, en la medida en que la “impresión sensible” del cuerpo del otro “produce sentimientos” (2014: 622). Un prístino ejemplo es el caso de la vergüenza (Simmel, 2018), dicha emoción requiere de la mirada enjuiciante de otro sobre un cuerpo que es sometido a escrutinio y descalificación. Por ello no es casual que una mirada insistente obligue al cuerpo a esconderse y generar sensaciones de desagrado. A ello Simmel lo denomina la “política del avestruz” (2014) que supone esconder el rostro de la mirada del otro.

Con y más allá de Simmel, la sociología de los sentidos ha destacado cómo la experiencia es una experiencia sensual total (*total sensual experience*) (Vannini *et al.*, 2012: 5). Es decir, al sentir el mundo no lo hacemos por compartimentos que atañen a cada uno de los denominados cinco sentidos, sino con todo el cuerpo, lo que éste siente y los significados que se atribuyen a ese sentir. Ello también ha implicado considerar el fenómeno de la percepción en un sentido extenso.¹⁰ Por ello se habla de otros sentidos como por ejemplo, la nocicepción que es el sentido del dolor, la sed y el hambre, o el sentido de la propiocepción que es el que se encarga de la conciencia del cuerpo, la kinesiología o equilibriocepción relacionadas con el movimiento del cuerpo en el espacio (Vannini *et al.*, 2012: 6). Un referente significativo es pensar en cómo la sustitución de la luz de gas por la luz eléctrica a finales del siglo XIX a la que se refiere Simmel, modificó el entorno perceptual de las personas, no sólo por lo que podían ver sino por el calor que se generaba en las habitaciones. La temperatura en un cuarto cerrado con luz de gas podía oscilar entre 60 y 100 grados Fahrenheit (Swedberg, 2011: 427), ver con luz de gas o eléctrica no sólo afectaba el sentido de la vista, sino también el de la termopercepción.

Cabe decir también que el giro sensorial ha generado “un giro en la literatura sobre metodología” (Pink *et al.*, 2019: 20). Una estrategia metodológica para el registro de la experiencia ha consistido en la elaboración de memorias sensoriales en clave de la trayectoria biográfica de los actores (Pink, 2015: 43;

¹⁰ A la luz de los estudios neurológicos de la percepción (Franks, 2003: 615; Iacoboni, 2012: 25; Damasio, 2010: 105) la sociología de los sentidos ha retomado cómo es que la percepción no sólo implica lo que la relación cuerpo y cerebro registran del exterior, sino también, incluye lo que se percibe al interior del cuerpo a partir de nuestra química y red neuronal (Damasio, 2010: 105).

Low, 2013; Sabido Ramos, 2020). La categoría de memoria sensorial permite establecer a nivel metodológico, un vínculo entre sentidos y emociones. Dicha categoría posibilita el registro de los significados que los actores atribuyen a las experiencias sensoriales y cómo estas son narradas mediante un relato que nos remite espacio-temporalmente al pasado, pero que adquiere significado en el presente (Sabido Ramos, 2020: 215 y ss). Las narraciones que evocan las memorias sensoriales incorporan tanto sensaciones como emociones ligadas a acontecimientos que afectaron al cuerpo y que se asocian a ciertos lugares, artefactos y personas. Como cuando una joven universitaria compartió que: “El olor a tierra mojada siempre me regresa a mi niñez ya que pasaba las vacaciones de verano en casa de mi abuela, hasta como a los 12 años, me genera nostalgia y alegría”.¹¹

En el campo de los estudios sensoriales, la categoría memoria sensorial surge de los trabajos de la antropóloga de los sentidos Nadia Seremetakis, quien en los noventa realizó una investigación en la región del Peloponeso del sur de Grecia para recabar “disposiciones sensoriales y perceptivas” de sociedades rurales tradicionales (Classen, 1997: 407; Sutton, 2001: 15) así como su relación con las sensorialidades modernas en contextos urbanos. Con esta categoría, la autora trata de evocar la dimensión sensorial de la memoria, tanto corporal como emocional (Seremetakis, 1993: 4). Seremetakis remite a una práctica de cuidado ancestral griega que realizan las abuelas con los bebés, la cual consiste en alimentar a sus nietos disolviendo un panecillo remojado con aceite de oliva en su propia boca para luego dárselo al bebé y que éste pueda tragarlo. Esta práctica táctil, donde confluyen la saliva, las bocas, los olores, las manos y las palabras de cariño, contrasta con la forma de alimentación urbana de quien compra un frasco de comida en la tienda (Seremetakis, 1993: 3). El acto de la comensalidad supone entonces la relación entre vínculos afectivos, objetos y sensaciones corporales (Seremetakis, 1993: 14).

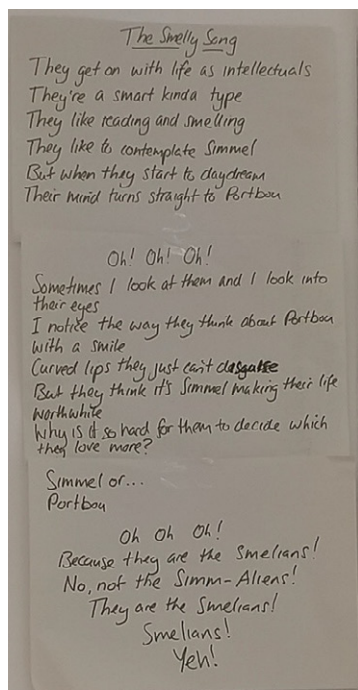
Ahora bien, como señalan Pink y otros autores, uno de los retos para el estudio de la experiencia, consiste en que muchas veces ésta es difícil de expresar y los intentos de comprender e interpretar su significado dependen de la inmersión que se tenga en ámbitos de experiencias de otras personas (Pink *et al.*, 2019). Bajo este horizonte es que el giro sensorial apuesta por las etnografías sensoriales, las cuales establecen la necesidad de poner atención no sólo a las percepciones sensoriales de aquellas o aquellos a quienes investigamos, sino sobre todo, al cuerpo perceptivo de quien investiga. Con las etnografías sensoriales, el o la investigadora podría “utilizar su propio cuerpo y sus sentidos como medios del análisis etnográfico, y luego escribir sobre su experiencia” (Howes, 2014: 12). En ese sentido, la etnografía sensorial implica “un proceso de crear y representar conocimiento o formas de conocer que

¹¹ Cuando trabajamos con la categoría de memoria sensorial, es necesario tener presente que dicha construcción del recuerdo supone una elaboración reflexiva tanto corporal como emocional. Es decir, los recuerdos tanto placenteros como dolorosos pueden resignificarse desde la ira y la indignación, o bien, la nostalgia.

está basado en las propias experiencias de los o las etnógrafas y las maneras en las que estos se intersectan con personas, lugares y cosas durante el proceso” (Pink, 2015: 4).

Para comunicar una experiencia, la presentación de resultados va de las formas convencionales escritas o gráficas, hasta formas innovativas, como grabar un video o escribir una canción (Pink, 2015: 4 y 7) que se articule con la narrativa de los hallazgos (ver Imagen 1).¹²

IMAGEN 1



Fuente: Fotografía de Olga Sabido Ramos, agosto del 2019.

¹² La imagen forma parte del taller sensorial “Haciendo sentido con los sentidos”, que apliqué del 27 al 29 de agosto del 2019 en Portbou, Cataluña, con especialistas internacionales en la obra de Georg Simmel, en el marco del *Workshop on Experience: A Simmelian Approach to Emotions, the Senses and Time/Space*, coordinado por Natàlia Cantó-Milà. Siguiendo la estrategia metodológica de mapeo olfativo (Henshaw, 2014; MacLean, 2019) recorrimos una zona del lugar donde se celebró el taller y uno de los participantes, Mark Fitzgerald escribió la canción fotografiada: “La canción maloliente” que hace juego de palabras con Smell (oler en inglés) y Simmel. Este es solo un ejemplo del material que puede servir como dispositivo para elicitación de significados atribuidos a la experiencia en trabajo de campo.

Las reflexiones metodológicas sobre las etnografías sensoriales apuntan a que independientemente de los objetos de estudio, las investigaciones pueden llevar a cabo un enfoque sensorial ya que éste también implica una actitud metodológica (Pink, 2015). Por ejemplo, cualquier entrevista estructurada o semiestructurada puede enfocarse en términos de un paradigma sensorial (Pink, 2015: 75), porque en última instancia, se trata de un encuentro social con componentes materiales y sensoriales, donde los cuerpos y su *performance*, e incluso el lugar y el uso de artefactos como los medios digitales, contribuyen a la construcción de significados e intercambio de afectos. También se emplean diversas técnicas de elicitación, formas de acompañamiento como caminatas, dar diarios para escribir a las y los participantes (Vannini *et al.*, 2012: 72-73) el registro audiovisual o sonoro (Pink *et al.*, 2019) y mapas colaborativos (Sabido Ramos, 2021: 260 y *ss*).

Los sentidos y las prácticas

Otro ámbito posible de registro sensorial es el que puede orientarse desde las teorías de las prácticas. La noción de práctica ha tenido notoriedad en lo que se ha denominado el giro praxeológico de la teoría social (Reckwitz, 2002). En esta línea de investigación se hace alusión a dos generaciones de estudio de la teoría de la práctica, Pierre Bourdieu para la primera generación y Andreas Reckwitz para la segunda (Pink *et al.*, 2019: 62), entre otros. Me concentraré primero en el segundo. Una definición acabada de práctica es la que nos ofrece Reckwitz al señalar que:

Una práctica es un tipo de comportamiento rutinario que consta de varios elementos interconectados entre sí: formas de actividades corporales, formas de actividades mentales, cosas/objetos y sus usos, un conocimiento de fondo en forma de comprensión, saber-hacer (*know-how*), estados de emoción y conocimiento motivacional (Reckwitz, 2002: 249).

La noción de práctica remite a formas rutinarias de acción donde el cuerpo es un elemento de gran relevancia, de ahí las implicaciones sensoriales en esta perspectiva analítica. Reckwitz (2016) enfatiza cómo el cuerpo se relaciona con las prácticas en la medida en que existe un conocimiento incorporado e implícito hecho cuerpo. Sin embargo, para Reckwitz las prácticas movilizan no sólo ese conocimiento tácito sino también: “movilizan los sentidos y las percepciones que los atraviesan” (2016: 60). De hecho, a diferencia del actor racional o normativo, para la teoría de la práctica, los agentes corpóreos “son agentes sensoriales-perceptivos” (2012: 249). De modo que un aporte conceptual de Reckwitz consiste en señalar que una aproximación praxeológica de los sentidos no separa el problema de la percepción del problema de la acción, pues tanto los órganos de los sentidos

como los actos de percepción se encuentran asociados a las prácticas. En otras palabras, realizar una práctica siempre significa percibir y utilizar los sentidos de una manera específica” (2016: 61). En cualquier práctica social, ya sea cocinar, escribir, bailar, usar internet y un largo etcétera, los sentidos y la percepción se organizan de cierta manera.

Por otro lado, Reckwitz también propone una aproximación intersensorial al estudio de las prácticas, pues señala que no es necesario aproximarse de manera aislada a cada uno de los sentidos sino, más bien, es preciso indagar el entrelazamiento de los sentidos en cada práctica (2016: 60). Así, por ejemplo, la práctica de cocinar entendida como una acción rutinaria y orientada por ciertas reglas, lleva a los panaderos a desarrollar un tipo de conocimiento mediante el olfato, el tacto y otros sentidos: “las manos de los panaderos se sumergían constantemente en la harina y el agua: los hombres usaban la nariz y los ojos para decidir cuándo estaba listo el pan” (Sennett, 2000: 68). Dependiendo de la práctica, los sentidos de los practicantes van adquiriendo cierta especificidad. Así, por ejemplo, en la práctica médica, los residentes de un hospital de urgencias aprenden a percibir ciertas características en el olor de la sangre que alguien no-médico simplemente no identifica (Payá y Bracamonte, 2019: 69).

El análisis praxeológico también atiende la relación entre “percepción y afectividad” (Reckwitz, 2012: 249; 2016: 62). Y es que la percepción siempre está ligada con las emociones en la medida en que cada práctica se liga afectivamente de determinada manera con el mundo, los otros y las entidades no humanas. Para el enfoque praxeológico las emociones no son vistas desde una perspectiva individual, pues no se trata de que el individuo “tenga” una emoción, sino las prácticas están ligadas a un tono emocional específico moldeado socioculturalmente (2016: 62). Por ejemplo, en nuestra sociedad las prácticas de duelo están ligadas a un entorno afectivo que remite a tristeza; pero en otras sociedades las prácticas de duelo pueden incorporar otro tono emocional. En otras palabras, cualquier práctica implica una movilización de los sentidos y los afectos. Por ejemplo, las prácticas de enamoramiento, ir asiduamente a la ópera (2012: 251), todas estas prácticas implican elementos perceptivos y afectivos).

Por otro lado, el alcance teórico-metodológico de Bourdieu también resulta muy sugerente para la articulación entre sentidos y emociones. Un primer aspecto tiene que ver con su noción de actor. Si las teorías de la acción se vinculaban a la idea de un sujeto racional consciente, para Bourdieu la teoría de la práctica supone un “conocimiento por el cuerpo que garantiza una comprensión práctica del mundo, absolutamente diferente del acto intencional de desciframiento consciente” (Bourdieu, 1999: 180). Con la *teoría de las prácticas* Pierre Bourdieu hace añicos la dicotomía cartesiana mente/cuerpo, pues para el autor el cuerpo conoce y en ese sentido: “Las conminaciones sociales más serias no van dirigidas al intelecto, sino al cuerpo, tratado como un *recordatorio*” (Bourdieu, 1999: 187).

La recepción de Bourdieu en el campo de los estudios sensoriales se da con *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* ([1979] 2002). Para Howes, dicha obra podría considerarse un “texto fundador para el dominio de estudios de la cultura del gusto” (Howes, 2014: 16). Para desacralizar al gusto de la representación kantiana, Bourdieu corporaliza al gusto.¹³ La apreciación artística no es sólo una cuestión mental sino también corporal y sobre todo se relaciona con prácticas de consumo (Pink *et al.*, 2019: 62). Por ejemplo, la adquisición del gusto por la música nos permite pensar en ésta como una práctica encarnada, es decir, como un tipo de sensibilización e inserción precoz: “El arte es también una ‘cosa corporal’ y la música, la más ‘pura’ y la más ‘espiritual’ de las artes, quizá es sencillamente la más corporal” (Bourdieu, 2002: 76), pues no sólo es una experiencia sonora sino también produce emociones, ritmos, palpitaciones y gestos, como también lo advertía Simmel.

Ahora bien, la definición de práctica remite a la noción de *habitus*: (*habitus*) (capital) campo = práctica (Bourdieu, 2002: 99). En ese sentido, el estudio de las prácticas supone considerar cómo los haceres y saberes (prácticos) implican un sistema de disposiciones (*habitus*), esto es, formas de percibir, apreciar y actuar que dependen tanto de un tipo de capital acumulado como de un campo específico que define qué prácticas son legítimas y cuáles no. Seguidores de Bourdieu, como Loïc Wacquant, han planteado la posibilidad del análisis del *habitus* sin ceñirlo a la noción de campo (Wacquant, 2014). Resulta interesante que la estrategia metodológica de Wacquant coincida con la denominada etnografía sensorial, pues plantea una “sociología carnal” (2006) o “etnografía carnal” (2014: 4) a partir de la cual se haga una sociología *desde* el cuerpo de quien investiga (2006: 6). Por ejemplo, Wacquant ingresa a un gimnasio de boxeo para investigar a partir de su propio entrenamiento cómo es que: “Uno se convierte al mundo del boxeo y sus retos con todos los sentidos” (2006: 75-76).

Esta investigación le permitió a Wacquant conocer cómo se forma el *habitus* no sólo de quien practica el boxeo, sino hacer de su propio *habitus* una herramienta metodológica (2014: 4), es decir, usar su propio cuerpo como medio de investigación así como sus capacidades sensibles. Gran parte de la narrativa de su etnografía describe a la práctica de boxeo como una extrema “embriaguez sensorial” (2006: 76) donde también se educa a las emociones:

Una vez entre las cuerdas, hay que ser capaz de dominar las emociones, saber en cada momento contenerlas y reprimirlas o, por el contrario, encenderlas o avivarlas; amordazar algunos sentimientos (de cólera, nerviosismo o frustración) para resistir los golpes, las provocaciones e insultos del adversario e invocar otros a voluntad (agresividad y coraje, por ejemplo) sin perder el control (Wacquant, 2006: 91-92).

¹³ Ferguson también recupera el aporte de Bourdieu en tanto se trata de una crítica a la construcción kantiana del gusto como algo autónomo y desinteresado del mundo social (2011: 381).

Otra recepción de Bourdieu en el campo de la sociología de los sentidos se relaciona con la investigación de “realidades olfatorias diferentes según estatus” (Synnott, 2003: 447).¹⁴ Para el sociólogo del olor Antony Synnott, *La distinción* puede dar cuenta de cómo “la distribución de olores sí simboliza la estructura de clases de una sociedad, ya sea por el olor corporal o por la calidad y el costo de las fragancias (Synnott, 2003: 447). La estigmatización del otro vía el olor también supone la emergencia de diversos estados emocionales, que van del asco, la humillación por un lado, y la vergüenza, la ira por otro (Sabido Ramos, 2012; Mata-Codesal, 2018; Peláez, 2016).¹⁵ También desde el marco bourdieano, Erick Serna Luna (2019: 266-292) ha identificado otras formas de sentir y habitar el espacio urbano a partir de cómo personas que padecen ceguera o debilidad visual construyen un *habitus de la ceguera*, es decir, formas rutinarias de orientarse en las ciudades. Dichos *habitus* o conocimientos incorporados permiten que las personas se orienten espacialmente en el metro o en las calles. Desde el uso del oído como “radar”, el olfato, la piel, el bastón: “las personas que pierden la vista aprenden a desarrollar controles afectivos y emocionales, además de los conocimientos corpóreo, social y espacial de adaptación” (Serna, 2019: 285).

Los sentidos y las redes

La categoría de redes y las teorías de redes han marcado un propio subcampo disciplinar en la sociología (Erikson, 2019: 319-348). Una teoría definida por dicha noción es la teoría del actor red (TAR o también ANT por sus siglas en inglés) encabezada por Bruno Latour, entre otros. En el marco de esta tradición, la palabra red remite a una noción que da cuenta de cómo, cuando se analiza un fenómeno, el origen causal se distribuye entre muchísimos actores o actantes y no se reduce a uno solo. Se trata de una perspectiva analítica que nos permite “relacionar entidades con otras entidades, es decir, dibujar el trazado de una red” (Latour, 2008: 151). En ese sentido, la noción de red es una categoría procesual y relacional porque hace alusión a lo que es rastreado e indeterminado. La palabra red no indica algo que ya existe sino algo que se va haciendo: “Red es un concepto, no una cosa que existe allí afuera. Es una herramienta para ayudar a describir algo” (Latour, 2008: 190). De ese modo, la red no es algo que existe sino que se va a haciendo conforme una investigación pueda dar cuenta de cómo ciertos actores llegaron a ciertas decisiones, cómo se fue-

¹⁴ Bourdieu señala que existen tres maneras de distinguirse: por la alimentación; el consumo de bienes culturales y los gastos en la presentación y representación en sí mismo (vestidos, cuidados de belleza, artículos de tocador, etc.) (Bourdieu, 2002: 182).

¹⁵ Aunque desde otro marco analítico la investigación de Carolina Peláez (2016) sobre un grupo de mujeres que trabajan en una empacadora de pescado en Mazatlán, Sinaloa, es un prístino referente de cómo a partir del olor se hacen marcajes de clase en el espacio urbano, con implicaciones no sólo sensoriales sino también emocionales.

ron concatenando determinadas acciones y efectos no intencionales de la acción, qué otras entidades se involucraron y en ese sentido, qué otros elementos no humanos se vieron involucrados.

Para la TAR el término entidades no humanas engloba desde otros seres vivos, sustancias, hasta artefactos y objetos de uso común. Una característica de esta propuesta es que bajo el “principio de simetría” se hace énfasis en que podemos observar las relaciones desde el punto de vista de las personas o desde el punto de vista de las cosas (Papilloud, 2018: 184). Es decir, existen actores y actantes, entidades con capacidad de acción que coproducen el mundo. Para el ámbito sensorial esto resulta relevante porque nos permite entender que el cuerpo y su sensibilidad es afectado por diversas agencias, es decir, el cuerpo es sensible y siente en la medida en que afecta y es afectado por otras entidades no humanas (Sabido Ramos, 2022). La TAR converge con el análisis praxeológico en este punto, pues el análisis de las prácticas necesariamente involucra al análisis de los artefactos de los que éstas se valen (Reckwitz, 2016: 252). Sin embargo, una de las diferencias respecto a Latour, es que este último enfatiza en cómo a través de diversos artefactos es posible extender nuestra capacidad perceptiva, desde los anteojos hasta los telescopios más sofisticados.

En el mismo ámbito sensorial resulta interesante considerar cómo Latour señala que los olores de una fábrica de perfumes se producen por la intersección de sustancias químicas, ingenieros, la humedad del aire y el entrenamiento de las narices de quienes están aprendiendo a producir perfumes (Latour, 2004). Sin embargo, la cadena no se detiene ahí, es posible ensamblar desde los productores de frascos que envasan los perfumes, hasta los neurocientíficos o neurocientíficas que trabajan en el *neuromarketing* olfativo para producir olores asociados a ciertas marcas en el mundo del consumo. En la actualidad, varias de las principales industrias de la economía apelan directamente a uno o varios sentidos (Swedberg, 2011: 425). Al respecto, Swedberg plantea cómo el uso de los olores con fines comerciales ha abierto todo un campo de inversión, por ello es común que ciertas cadenas de comida rápida difundan olores a alimentos en sus establecimientos, pero esos olores provienen de laboratorios, no de la cocina (2011: 429).

Así, la oferta analítica de la que provee la TAR consiste en rastrear conexiones que están más allá de la interacción, pues el rastreo de una red es mucho más extenso y duradero que la fugacidad del orden interactivo. Esto es, una sociología que opera bajo los criterios de la TAR es una sociología que “rastrea una red” (Latour, 2008: 87). Con la TAR es posible pensar en esos referentes de aprendizaje sensorial que están más allá de la interacción cara a cara o que la enriquecen y complejizan, y que son igualmente significativos para el aprendizaje sensorial donde también circulan los afectos (Sabido Ramos, 2022). El caso de la comida es sumamente relevante en este aspecto, ya que se trata de un ámbito sensorial (multisensual) donde circulan artefactos, sustancias, ingredientes, condimentos, utensilios y saberes que provienen de

diversas coordenadas temporales y espaciales (Ayora, 2017) que trascienden la interacción. Además, como demuestra Ayora, a través de la gastronomía regional pueden activarse procesos de subjetivación que identifican a ciertas comunidades con un imaginario colectivo (Ayora, 2017). Dichos procesos implican la circulación de emociones asociadas al orgullo de pertenecer y saberse parte de, a partir de los sabores (Vannini *et al.*, 2012: 42).

Ahora bien, en términos metodológicos el horizonte analítico de la TAR coincide no sólo con la etnografía sensorial sino sobre todo con la etnografía multisituada propuesta por George Marcus (2001). La etnografía multisituada consiste en “conjuntar múltiples sitios en el mismo contexto de estudio y postular su relación” (Marcus: 2001: 114). Se trata de llevar a cabo el registro de un fenómeno en distintos momentos y en diferentes lugares. Este procedimiento implica una lógica de conexión de asociación: “La investigación multilocal está diseñada alrededor de cadenas, sendas, tramas, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones en las cuales el etnógrafo establece alguna forma de presencia, literal o física, con una lógica explícita de asociación o conexión entre sitios” (Marcus, 2001: 118). Para lograrlo, existen diversas estrategias, entre ellas la de “seguir a los objetos” (Marcus, 2001: 118). Algo en lo que también insiste Becker: “Una manera fácil de mostrar conciencia de los acuerdos sociales que encarnan los objetos físicos es encontrar los lugares donde esos acuerdos hayan producido algún objeto diferente de aquellos a los que estamos acostumbrados” (Becker, 2010: 76).

Así, la etnografía multisituada basada en seguir a los objetos consiste en “trazar la circulación a través de diferentes contextos de un objeto explícitamente material de estudio” (Marcus, 2001: 118). Todo tipo de bienes y su materialización destacan en este punto, pero resulta relevante que Marcus señale como ejemplo de ello la investigación de Latour sobre Pasteur (Marcus, 2001: 119) y el trabajo de Sidney W. Mintz sobre la historia cultural del azúcar. Para Marcus, dicho trabajo “es una muestra de la técnica de seguir los objetos desde un marco conceptual de economía política” (Marcus, 2001: 119). De igual manera, para Howes, este trabajo es un texto temprano e influyente en la historia sensorial ya que sentó las bases “para investigar y escribir sobre la historia de las sensaciones particulares o de las sustancias sensoriales” (Howes, 2014: 14). En *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna* ([1985] 1996) Mintz sigue el rastro de un objeto material como el azúcar y nos deja ver todas las interconexiones de origen económico, político y social que este producto vincula y nos permite ver la configuración de la historia global del gusto.

Mintz nos presenta cómo la producción de azúcar en el sistema mundo del capitalismo supuso tanto la producción como el consumo en diferentes lugares relacionados de modo asimétrico, causando sufrimiento en los esclavos africanos que trabajaban en las colonias y marcando formas de socialidad en imperios como Gran Bretaña, primero en las élites y luego en las clases trabajadoras. *Dulzura y poder* ([1985] 1996) traza la historia particular de productos coloniales

que llegaban a la metrópolis. La trayectoria de este producto material y a la vez sustancia gustativa implicó una red de conexiones. Es decir, el autor muestra los procesos de colonización, explotación, producción y consumo que explican cómo es que “la producción de azúcar culminó en las mesas inglesas con el té, la mermelada, las galletas, los pasteles y los dulces” (Mintz, 1996: 23). De igual modo, Mintz muestra la relación entre afectividad y comida, en la medida en que la gestión de la dieta en un sentido cultural también se hace parte de la autoimagen de las personas (1996: 40).

Al igual que la etnografía sensorial, la etnografía multisituada demanda un posicionamiento; y en ese sentido, también coincide con la reflexividad de investigadores e investigadoras, pues el hecho de hacer etnografía en varios lugares implica que “uno se encuentra con todo tipo de compromisos personales contradictorios” (Marcus, 2001: 123). El alcance de seguir el rastro de los objetos permite ver historias que se entrelazan a través de la materialidad. Como dice Sara Ahmed: “Los objetos aparecen separados de tales historias de llegada, como historias que implican múltiples generaciones, y el trabajo de los cuerpos, que es, por supuesto, el trabajo de algunos cuerpos más que el de otros” (Ahmed, 2019: 64). El rastreo de las redes que hacen posible el movimiento de los objetos, podría contribuir a la conexión de esas historias de llegada, los procesos de recepción e incorporación tanto sensorial como afectiva de estos. Es decir, podríamos pensar en etnografías sensoriales multisituadas.

CONCLUSIONES

El propósito de este capítulo ha sido presentar los alcances teórico-metodológicos de la sociología de los sentidos con miras a la articulación entre sentidos y emociones. Asimismo, he presentado la especificidad de este horizonte analítico y las problematizaciones que implican en el marco de la teoría social. Apostar por una sociología de los sentidos implica repensar en el tipo de actor de referencia, que en este caso no se resuelve con una idea de actor racional abstracto, sino a partir del supuesto de cuerpos socializados que aprenden a sentir con y junto con otros. También he señalado las implicaciones de la dimensión reflexiva del actor asociada al problema del sentir. Es decir, a partir de este horizonte podemos señalar que las personas no sólo sienten, sino atribuyen significados a lo que sienten y eso mismo modifica los modos de sentir tanto sensorial como emocionalmente.

He planteado que la relación de la percepción con las emociones, es una relación recursiva. Esto es, las emociones configuran nuestros filtros perceptivos, pero también aquello que percibimos nos coloca en ciertos estados emocionales. He propuesto tres niveles analíticos así como sus respectivos recursos metodológicos, a saber, experiencia, prácticas y redes entre entidades humanas y no humanas. Las estrategias teóricas se engarzan con las estrategias metodológicas de modo que es posible pensar en múltiples registros

del ámbito sensorial. Las etnografías sensoriales han resultado un punto de convergencia significativo para el estudio de experiencias y prácticas, pero el llamado relacional a seguir a los objetos también nos abre la posibilidad de pensar en etnografías sensoriales multisituadas con las que se puedan tejer redes sensoriales. Tales posibilidades nos permiten engarzar sentidos y emociones no sólo en el plano analítico sino de la mano del metodológico.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, Sara (2014), *La política cultural de las emociones*, PUEG-UNAM, México.
- (2018), *Vivir una vida feminista*, Edicions Bellatera, Barcelona.
- (2019), *Fenomenología Queer: orientaciones, objetos, otros*, Ediciones Bellatera, Barcelona.
- Ayora, Steffan I. (2017), “Gusto y tecnologías: estética culinaria y subjetivación en Mérida, Yucatán”, en A. Domínguez y A. Ziri6n (coords.), *La dimensi6n sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en M6xico*, UAM/Ediciones del Lirio, M6xico, pp. 223-242.
- Becker, Howard (2009), *Outsiders. Hacia una sociolog6a de la desviaci6n*, Siglo XXI Editores, M6xico.
- (2010), *Trucos del oficio. C6mo conducir su investigaci6n en ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- (2016), *Mozart. El asesinato y los l6mites de sentido com6n*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Berger, Peter L., y Thomas Luckmann (1995), *La construcci6n social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Bericat, Eduardo (2016), “The sociology of emotions: Four decades of progress”, *Current Sociology*, vol. 64, n6m. 3, pp. 491-513.
- Blackman, Lisa (2012), *Immaterial Bodies. Affect, Embodiment, Meditation*, Sage, Londres.
- y Couze Venn (2010), “Affect”, *Body & Society*, vol. 16, n6m. 1, pp. 7-28.
- Bourdieu, Pierre (1999), *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona.
- (2002), *La distinci6n. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Bull, Michael, Paul Gilroy, David Howes y Doug Kahn (2006), “Introducing sensory studies”, *The Senses and Society*, vol. 1, n6m. 1, pp. 5-7.
- Cedillo, Priscila, Adriana Garc6a Andrade y Olga Sabido Ramos (2014), “Afectividad y emociones”, en H. Moreno y E. Alc6ntara (coords.), *Conceptos clave en los estudios de g6nero*, Volumen 1, UNAM-PUEG, M6xico, pp. 15-33.
- Classen, Constance (1997), “Foundations for an anthropology of the senses”, *International Social Science Journal*, vol. 49, n6m. 153, pp. 401-412.
- Collins, Randall (2019), *Cadenas rituales de interacci6n*, Anthropos, Barcelona.
- Crossley, Nick (1995), “Merleau-Ponty, the elusive body and carnal sociology”, *Body & Society*, vol. 1, n6m. 1, pp. 43-63.

- Crossley, Nick (2001), "The phenomenological habitus and its construction", *Theory and Society*, vol. 30, núm. 1, pp. 81-120.
- Csordas, Thomas (2011), "Modos somáticos de atención", en S. Citro (coord.), *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*, Biblos, Buenos Aires, pp. 83-104.
- Damasio, Antonio (2010), *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Crítica, Barcelona.
- Dépelteau, François (2018), *The Palgrave Handbook of Relational Sociology*, Palgrave MacMillan, Suiza.
- Elias, Norbert (1999), *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona.
- Emirbayer, Mustafa (1997), "Manifiesto for a Relational Sociology", *The American Journal of Sociology*, vol. 103, núm. 2, pp. 281-317.
- Erikson, Emily (2019), "Las redes y la teoría de redes", en C. Benzecry, M. Krause e I. Ariail (coords.), *La teoría social, ahora. Nuevas corrientes, nuevas discusiones*, pp. 319-348, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Ferguson, Priscilla (2011), "The Sense of Taste", *The American Historical Review*, vol. 116, núm. 2, pp. 371-384.
- Franks, David D. (2003), "Mutual interests, different lenses: Current neuro-science and symbolic interaction", *Symbolic Interaction*, vol. 26, núm. 4, pp. 613-630.
- Friedman, Asia (2011), "Toward a Sociology of Perception: Sight, Sex, and Gender", *Cultural Sociology*, vol. 5, núm. 2, pp. 187-206.
- _____ (2013), *Blind to Sameness. Sexpectations and the Social Construction of Male and Female Bodies*. Chicago/Londres: The University of Chicago Press.
- Henshaw, Victoria (2014), *Urban Smellscapes. Understanding and designing city smell environments*, Routledge, Nueva York/Londres.
- Hochschild, Arlie R. (2008), *La mercantilización de la vida íntima*, Katz, Buenos Aires.
- Howes, David (2014), "El creciente campo de los estudios sensoriales", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 6, núm. 5, pp. 10-26.
- _____ (2019), "Prólogo", en O. Sabido Ramos (coord.), *Los sentidos del cuerpo: Un giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM, México, pp. 9-15.
- _____ y Classen, Constance (2014), *Understanding the Senses in Society*, Routledge, Londres.
- Iacoboni, Marco (2012), *Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros*, Katz, Madrid/Buenos Aires.
- Kemper, Theodore D. (1978), "Toward a Sociology of Emotions: some problems and some solutions", *The American Sociologist*, vol. 13, núm. 1, pp. 30-41.
- Latour, Bruno (2004), "How to Talk About the Body? the Normative Dimension of Science Studies", *Body & Society*, vol. 10, núms. 2-3, pp. 205-229.
- _____ (2008), *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, Buenos Aires.
- Lezaun, Javier (2019), "La teoría del actor-red", en C. Benzecry, M. Krause e I. Ariail (coords.), *La teoría social, ahora. Nuevas corrientes, nuevas discusiones*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, pp. 349-383.

- Low, Kelvin E. Y. (2009), *Scents and scent-sibilities: smell and everyday life experiences*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle.
- (2013), “Olfactive frames of remembering: theorizing self, senses and society”, *The Sociological Review*, vol. 61, núm. 4, pp. 688-708.
- y Fishman, Devorah (2018) *Senses in Cities: Experiences of Urban Settings*. Nueva York y Londres: Routledge
- Marcus, George E. (2001), “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”, *Alteridades*, vol. 11, núm. 22, pp. 111-127.
- Mata-Codesal, Diana (2018), “El olor del cuerpo migrante en la ciudad desodorizada. Simbolismo olfativo en los procesos de clasificación social”, *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 13, núm. 1, pp. 23-43.
- McLean, Kate (2019), *Nose-first. Practices of smellwalking and smellscape mapping*, Royal College of Art, Londres.
- Merleau-Ponty, Maurice (1957), *Fenomenología de la percepción*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mintz, Sidney (1996), *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*, Siglo XXI, México.
- Moran, Dermot (2011), *Introducción a la fenomenología*, Anthopos/UAM-I, Barcelona.
- Morgado, Ignacio (2012), *Cómo percibimos el mundo. Una exploración de la mente y los sentidos*, Planeta, Madrid.
- Papilloud, Christian (2018) “Bruno Latour and Relational Sociology” en Dépelteau, F. (Ed). *The Palgrave Handbook of Relational Sociology*. Suiza: Palgrave MacMillan, pp. 183-198
- Payá, Víctor A. y Pedro A. Bracamonte (coords.) (2019), *Hombres y mujeres de blanco. Un estudio socioantropológico de un hospital de urgencias médicas*, Juan Pablos Editor, México.
- Pedwell, Carolyn y Anne Whitehead (2012), “Affecting feminism: Questions of feeling in feminist theory”, *Feminist Theory*, vol. 13, núm. 2, pp. 115-129.
- Peláez, Carolina (2016), “Un mar de vergüenza y asco. Experiencias laborales de limpiadoras de pescado”, en M. Ariza (coord.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, pp. 149-193.
- Pink, Sarah (2015), *Doing Sensory Ethnography*, Sage, Londres.
- Heather Horst, John Postill, Larissa Hjorth, Tania Lewis y Jo Tacchi (2019), *Etnografía digital. Principios y práctica*, Morata, Madrid.
- Reckwitz, Andreas (2002), “Toward a Theory of Social Practices. A Development in Culturalist”, *Theorizing. European Journal of Social Theory*, vol. 5, núm. 2, pp. 243-263.
- (2012), “Affective spaces: a praxeological outlook”, *Rethinking History*, vol. 16, núm. 2, pp. 241-258.
- (2016), “How the senses organize the social”, *Praxeological political analysis*, Routledge, Nueva York, pp. 56-66.
- Rodaway, Paul (1994), *Sensuous Geographies. Body, Sense and Place*, Routledge, Londres.

- Sabido Ramos, Olga (2012), *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica*. Madrid: Séquitur.
- _____ (2017), Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción. *Revista Mexicana de Sociología*. 79 (2): 373-400.
- _____ (2020), La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial. *Estudios Sociológicos*. 38 (112), pp. 201-231
- _____ (2021), El giro sensorial y sus múltiples registros. Niveles analíticos y estrategias metodológicas en Márquez R. y Rodríguez, B. (Coords.), *Etnografías desde el reflejo: práctica-aprendizaje*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM, México, pp. 243-276
- _____ (2022), Reensamblar los sentidos del cuerpo. Aportes de la Teoría del Actor Red al análisis relacional y material de la sensorialidad. En Rodríguez, L.; Pozas, M. y Girola, L. (Eds), *La teoría del actor red desde América Latina*, El Colegio de México, México, pp. 237-271.
- _____ (2023), Emotions and senses: experience, practice and sensory networks. *Emotions and Society*, vol. 5, núm. 2, pp. 147-164
- Sánchez, Daniela (2019), “Entre cuerpos, normas y placer: modulación sensorial en una comunidad BDSM”, en O. Sabido Ramos (coord.), *Los sentidos del cuerpo: Un giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM, México, pp. 203-225.
- Sennett, Richard (2000), *La corrosión de carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- Seremetakis, Nadia (1993), “The memory of the senses: Historical perception, Commensal exchange and Modernity”, *Visual Anthropology Review*, vol. 9, núm. 2, pp. 2-13.
- Serna, Erick (2019), “Sentir la ciudad: el *habitus* de la ceguera y la debilidad visual en la construcción no visual del espacio urbano de la Ciudad de México”, en O. Sabido Ramos (coord.), *Los sentidos del cuerpo: Un giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género, UNAM, pp. 267-292.
- Simmel, Georg (1986), “La sociología de la comida”, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, pp. 247-270.
- _____ (2002), *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona.
- _____ (2003), *Estudios psicológicos y etnológicos sobre la música*, Gorla, Buenos Aires.
- _____ (2013), *Filosofía del dinero*, Capitán Swing, Madrid.
- _____ (2014), *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- _____ (2018), “Sobre una psicología de la vergüenza”, *Digithum*, vol. 21, pp. 67-74.
- Sutton, David E. (2001), “Introduction: A Proustian Anthropology?”, *Remembrance of Repasts. An Anthropology of Food and Memory*, British Library, Oxford, pp. 1-18.
- Swedberg, Richard (2011), “The role of senses and signs in the Economy”, *Journal of Cultural Economy*, vol. 4, núm. 4, pp. 423- 437.

- Synnott, Anthony (2003), "Sociología del olor", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 65, núm. 2, pp. 431-464.
- Turner, Bryan (1989), *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Vannini, Philip, Dennis Waskul y Simon Gottschalk (2012), *The Senses in Self, Society and Culture. A Sociology of the Senses*, Routledge, Nueva York/Londres.
- Verbeek, Caro y Cretien van Campen (2013), "Inhaling Memories: Smell and Taste Memories in Art, Science, and Practice", *The Senses and Society*, vol. 8, núm. 2, pp. 133-148.
- Wacquant, Loïc (2006), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Siglo XXI Editores, México.
- (2014), "Homines in Extremis: What Fighting Scholars Teach Us about Habitus", *Body & Society*, vol. 20, núm. 2, pp. 3-17.
- Waskul, Dennis, Philip Vannini y Janelle Wilson (2009), "The Aroma of Recollection: Olfaction, Nostalgia, and the Shaping of the Sensuous Self", *The Senses and Society*, vol. 4, núm. 1, pp. 5-22.